

de 10.000 miembros. Después han aumentado considerablemente: sólo en la Flandes oriental se cuentan hoy 190 "Gildes". Reconociendo que estas "Gildes" y "Boerenbonden" se han hecho contra el colectivismo socialista; dando á entender lo que yo resumiré en una sola frase en mi conversación con el inolvidable Obispo de Lieja "Aquí la manteca es católica, y socialista la remolacha"; confesando que en el campo no hallan favorable acogida los principios de la revolución agraria, Vandervelde no puede menos de ensalzar la obra de las cooperativas, los beneficios que se las deben, el impulso que han comunicado á la vida rural, hasta en las Ardenas, el trozo de tierra belga bravío y estacionario. Y otra frase de Vandervelde se me aparecía sobre la página blanca: "Las corporaciones cristianas vacunan al aldeano contra el socialismo, inoculándole un poco de virus socialista".

XI

GANTE.—RELÁMPAGO ROJO

A Sanz y Escartín.

No se comprendería lo que llevo dicho de la acción social católica en el país belga, á no recordar las causas que determinaron el movimiento, los estímulos que actuaron sobre la conciencia. En nación alguna brotó con tal vigor el socialismo. Después de la "Gilde" de Lovaina, había que ver el "Vooruit" de Gante.

Llegué á Gante de noche. Apenas clareó el día y brilló un sol de victoria, un sol para Carlos V—antes de visitar la catedral, el Municipio, el ceñudo castillo de los Condes, los típicos "Beguinages" ó Beaterios—me dirigí á un vulgar edificio en reconstrucción, cercado de andamios: la Cooperativa colectivista ó "Vooruit".

Nadie me acompañaba. La casualidad quiso que los socialistas intelectuales para quienes llevé cartas, anduviesen de viaje de vacaciones. No pude, pues, seguir el consejo de los Benedictinos de Maredsus, que con su habitual es-

píritu de transigencia me habían dicho: "Vea usted á los colectivistas. Hay que oír á todos. Eso es la indagatoria."

La plaza donde se me aparece en forma tangible la organización socialista es aquella célebre del "Viernes", en la cual, hacia fines de la Edad Media, se organizaba la democracia gantesa, briosa y levantisca, y la voz de Jácome de Artevelde electrizaba á las masas y congregaba una hueste de herreros y tejedores dispuestos á seguirle y reivindicar sus franquicias. La estatua del tribuno domina la plaza; su mano extendida aún parece convocar á los compañeros de la lanzadera y el martillo. Aquí, más que en otra parte, tiene su asiento la casa roja: aquí la tradición se abraza á la revolución.

Ante el edificio que reconstruyen, grupos de albañiles sentados en la acera descansando su primera faena matinal, charlando y comiendo un bocadillo, señalan sonrientes á la obra, como si dijese: "es nuestra". Entro en los almacenes cooperativos. Son—en humilde y barato—reproducción de los grandes Almacenes de París. La modesta coquetería de las obreras encuentra en ellos todo el "tralalá" de la moda. Hay bajos con encajes, corsés con moños, calzado curvo, sombreros de botánica; pero abunda lo fuerte y feo, las prendas de abrigo, las indianas oscuras. Ocupan los Almacenes el piso bajo; arriba tienen sus oficinas la Caja de Ahorros y el Banco popular.

Dentro de la evolución del socialismo belga,

algo especial representa esta Cooperativa. Gante es la cuna del socialismo, el primer bastión que izó bandera roja, y no hay barrio del viejo "guante" del emperador donde, como lengua de incendio, no ondee los días festivos esa bandera. Los precursores del socialismo belga son tejedores ganteses, progenie de los que acudían al llamamiento de Artevelde en el siglo XIV. Asociados desde 1857, se adhirieron á la Internacional y más tarde fundaron el "Vooruit", raíz de la federación. La tela de las primeras huelgas, de las cuales apenas se hizo caso, fue obra de los tejedores ganteses; ¡vaya una tela ancha! Bajo las tablas del piso de un bodegón de Gante estuvo oculto el primer fondo de resistencia, unos setecientos francos, que la policía descubrió y decomisó. Los huelguistas, no obstante, triunfaron. De allí salió la "Federación de los obreros ganteses", primera asociación no gremial, sino general, que la clase constituyó en Bélgica. Hasta 1867 y la Internacional, el reguero de pólvora de Gante no se extiende al resto de la nación.

En cambio, desde 1869 ya las cajas de resistencia pululan—la frase es de un colectivista—como en sombrío matorral los hongos. La disolución de la Internacional, el desastre de la Commune de París, las disensiones entre marxistas y anarquistas, retrasan el desarrollo del colectivismo belga, el cual, por fin, adopta su símbolo de Nicea bajo la designación conciliadora de "partido obrero", é inicia dos campañas á cual más fértil en resultados: la agitación

en favor del S. U. (sufragio universal) y la organización cooperativa.

Fijémonos bien: el sufragio universal, que aquí se nos cayó en la boca, verde y duro, una mañana, y nos era tan imprescindible que lo transformamos en el encasillado; el sufragio universal, digo, esa libertad escrita, especie de doña Blanca de Navarra, que se pudre en la sombría torre de Gobernación sin que su esposo, el pueblo, se acuerde de visitarla nunca, es desde hace veinte y pico de años la aspiración incumplida de un país infinitamente más adelantado que nosotros. El partido obrero belga, al reclamar el S. U. (contra la corriente de los anarquistas, muy antiparlamentarios), se anticipa á reconocer que el S. U. no debe concedérseles sin la base de la capacidad. El analfabeto, el falto de instrucción, no puede votar, y en Bélgica todavía muchos ciudadanos carecen de instrucción primaria. Doble campaña, por consiguiente: á votar los capaces, á procurar que aprendan todos. Y los socialistas trabajan por la enseñanza, antesala del voto.

Los católicos, en vez de alejar sistemáticamente á los socialistas del Parlamento, les abrieron la puerta. El desventurado ministro Nyssens (que puso á su vida trágico fin estando en Bruselas) fue quien proporcionó un triunfo á la democracia revisando el voto censitario y convirtiéndolo en plural. Y ahora, en este instante —tiemblen las esferas— son los católicos los que tratan de conceder el voto á las mujeres. ¡A las mujeres! ¿Lo han oído ustedes bien?

Al rumor de la marea socialista despertaron los poderes públicos, y no despertaron sólo ellos, que no sería bastante, sino las fuerzas colectivas que mantienen la organización social. El socialismo tenía ya invadidas las regiones industriales: el esfuerzo católico se concentró, como sabemos, en los agrícolas.

Una impresión extraña me acompañó durante mi viaje belga, y voy á apuntarla aquí. Sin duda por la tendencia del artista á transformar las ideas en imágenes sensibles, á aquel país superficialmente tan pacífico lo veía en guerra; en cuanto me rodeaba parecíame olfatear y respirar la lucha: árboles, sembrados, chimeneas de fábricas, galerías de minas, hasta el suelo, estremecido por el duro talón de los combatientes. Hay naciones militaristas donde se masca la modorra de la paz. En Bélgica, que apenas tiene ejército y aspira á tener menos, la pugna enciende el aire. Porque la guerra, quién lo negará, es ley de la vida: mas la profunda guerra moderna ya no se hace con ejércitos, y un escritor colectivista dice donosamente que, gracias á las Cooperativas, los socialistas pueden bombardear á sus adversarios con sacos de patatas y panecillos.

Las dos corrientes de la opinión en Bélgica empezaron irreflexivamente fiando el suceso á la violencia; los socialistas, perseguidos, encarcelados, disueltos á balazos, dieron en quemar fábricas y cometer desmanes. Pronto se comprendió que por ahí no se iba al olimpo. Hoy podrán ocurrir colisiones, represiones exagera-

das, pero ya no son sistema, ó son sistema des-acreditado (1). Distintas armas y más reñida la lid. Los soldados no visten uniforme ni entienden el litigio como lo entendía San Pedro al rebanar la oreja de Malco...

Contra la inmensa mutualidad católica, los colectivistas han hecho prodigios. Han previsto hasta las pensiones de retiro de los obreros que cumplen sesenta años. Las farmacias, las panaderías populares, han conjurado el espectro de la enfermedad que arruina y el del hambre que genera la enfermedad. Las Cooperativas facilitan todo, el sustento, la enseñanza, el recreo. Alguna se ha construído un palacio que vale millones de francos, y la Caja de Ahorros—institución oficial—adelanta á los socialistas dinero para el edificio. Aquí, en Gante, los obreros se han permitido el lujo de adquirir en el barrio más aristocrático, el local para su “Sala de fiestas”, que una Sociedad burguesa ya abandonaba por caro. La vida del obrero se ha embellecido, su condición es más llevadera y dichosa: ahí tenéis una guerra cuyos resultados son el mejoramiento de la raza, la disminución de la tristeza y del infortunio, concurriendo á este fin, con igual perseverancia, las dos partes beligerantes. Ventaja para la patria y ventaja para la humanidad.

Las Cooperativas socialistas son centros de propaganda y cajas de resistencia en caso de paro; reparten folletos á millones (lo cual sería

(1) A la hora en que esto escribo ha vuelto á encenderse la lucha.

inútil donde el pueblo ni quiere ni sabe leer); trabajan el artículo “mantequerías modelo”, á fin de llegar á tener “vacas rojas” (ya recordarán los lectores que en Bélgica la manteca es católica y la remolacha socialista), y confían más en el esfuerzo económico que en el político y electoral, á pesar de la campaña del sufragio, á la cual llevan ya un contingente de quinientos mil votos. Sin duda entre los colectivistas belgas dominan los elementos republicanos; no obstante, habría que decir que muchos católicos no son monárquicos entusiastas, y la cuestión de forma de gobierno para unos y otros es adjetiva, subordinada siempre á la de reformas sociales. ¿Cómo sienten los belgas de su monarca? En dos palabras puede resumirse.

Leopoldo II, que cuenta sesenta y siete años de edad y de reinado treinta y seis, es mirado con indiferencia, que fácilmente se trocaría en desvío. Él paga en la misma moneda y reside en Bélgica lo menos que puede: como el “Cristián” de “Los reyes en el destierro”, siente la nostalgia del gozoso París y allá vuela con cualquier pretexto, y mejor—una de las quejas de los católicos—si está cerca la Pascua florida y es tiempo de cumplir las prácticas religiosas. La apreciación de los actos de los soberanos varía mucho, justo es decirlo, según el estado de la opinión, influida por los fenómenos sociales, y en Bélgica se juzga con bastante severidad lo que en otra nación acaso se calificase de humorada y lo que los italianos, benévolos, encontraron gracioso en el “galantuomo” Víctor Manuel.

Reconocen los belgas en su monarca clarísima inteligencia y aptitud comercial sorprendente. Cuando le ofrecieron la soberanía "absoluta" del Estado del Congo (Leopoldo II ofrece la anomalía de ser á la vez monarca constitucional y absoluto, lo primero en Bélgica, lo segundo en Africa, y esto sugiere reflexiones), ningún político olfateó la mina de oro que con tal proposición se abría. El rey, desde el primer momento, quiso aceptar; y habiendo aceptado, bajo su responsabilidad personalísima, emprendió negocios en la tierra negra, y cuéntase que es fabuloso el rendimiento que saca. Poco amiga de aventuras coloniales, Bélgica se inclina á rehusar el legado de Leopoldo, que desea dejarle el Congo en testamento; y los socialistas, con su tenaz oposición al aumento de fuerza armada, son el principal obstáculo... Es verdad que tampoco "los otros" verían complacidos que se gastase en fantasías africanas el presupuesto nacional, pues aquí rige una ley singularísima: los adversarios suelen querer "lo mismo"—aunque "no para lo mismo".

XII

EL DESCANSO DOMINICAL

A D. Antonio Maura.

Debo este artículo á los dependientes de comercio, porque es deuda lo prometido, y ningún sitio más indicado para pagar que Bélgica, donde al franquear el manuscrito de mis artículos leo bajo los sellos la clásica fórmula: "Niet bes-tellen op zondag.—Ne pas livrer le dimanche". (No entregar en domingo.)

No seré yo quien arranque del sello el letrero. Muy contadas son las personas que, en atención á la necesidad de que llegue pronto su correspondencia, lo arrancan. Gracias á la ingeniosa idea del letrero, los carteros de Bélgica ven aminorarse un día á la semana su penoso trabajo.

Tiene el Estado obligación de servir el correo el domingo como los demás días; tiene el cartero el deber de repartir el domingo, pero el público puede excusarle sólo con dejar adherido el letrero al sello que pega. A ver si algún diputado de nuestro país propone en las Cortes

esta reformita. Como el letrado se coloque al pie de los sellos, no lo quita ningún compatriota mío; en primer lugar, por bondad, pues no somos perversos de corazón; en segundo (favor con disfavor), por no molestarse, por no ejecutar al día un movimiento más. El arte de renunciar derechos debiera enseñarse como gimnasia moral, acompañado del arte de conocerlos, ejercitarlos y defenderlos con uñas y dientes. Renunciarlos en favor del que está abrumado; hacer una pequeña concesión para producir un bien incalculable..., repito que sería enseñanza utilísima. Representantes de la Nación, ministros de la Corona... dadles, en Navidades, este aguinaldo á los carteros. «¡No entregar en domingo!» (1).

Habréis oído—hemos oído todos—que en Inglaterra, y generalmente en los países protestantes, el domingo se observa y guarda con estricta severidad. Hacíase de esto argumento contra la religiosidad de los países católicos, donde el domingo apenas se respetaba. La de-

(1) Este capítulo se escribió en Septiembre. En Febrero recibí un prospecto de la «Liga para el fomento del descanso dominical», en el cual me incluyen unos cuantos sellos que llevan una golondrina y el letrado «No repartir en domingo». El prospecto advierte que «no siendo práctico de momento pedir á los poderes públicos que se fabriquen los sellos en la forma que es ya usual en Bélgica (¿por qué no sería práctico? lo ignoro), se ruega á todos los asociados á la Liga se sirvan poner en sus cartas el sello de la Liga, que se reparte á los asociados».

Aun cuando yo creo menos práctico, por las razones arriba apuntadas, lo del sello suelto, me avendría á ello si supiese cómo dirigirme á la Liga. Por desgracia, el prospecto impreso que recibí ni trae dirección ni firma, de modo que no me es fácil expresar mi adhesión.

coración ha cambiado. En Londres ya se quebranta el reposo dominical; en Francia y Bélgica á cada paso se guarda más escrupulosamente. París, en domingo, recuerda á Londres. El hecho pide explicación.

Decíame un religioso de Maredsus: «El socialismo nos ha sido provechoso, recordándonos nuestra misión y las enseñanzas de Cristo.» La observancia, cada vez más rigurosa, del domingo, en las naciones católicas, de diez años acá, confirma la aserción del benedictino. No se producen fenómenos sociales sin causa. He observado que París está, en este respecto, desconocido: el domingo no se abren las tiendas, cerradas siempre á las siete en punto y el sábado á las seis: es imposición socialista. Una directora de sección del «Bon Marché» insistía en repetírmelo: «Imposible hallar operario que vele: ya no se vela. Imposible hallar operaria que venga el domingo, ni por favor, ni para sacarnos del mayor ahogo.»

El tiendeo á boca de noche, característico de Madrid; el ir á comprar justamente cuando los dependientes están rendidos y disimulan con forzada sonrisa el agotamiento, la fatiga, las ganas de plegar los géneros y marcharse, no cabe en París. Yo confieso que he incurrido en lo que censuro; ¡yo he ido de tiendas en Madrid á las nueve! Soy como los demás, y por eso no digo «enmendaos», sino «enmendémonos».

Uno de los resultados beneficiosos de que se cierren pronto tiendas y oficinas y de que se acabe pronto la jornada, es que se vive más

al campo á pasar el día cuando hay corrida de toros. Ahí tenéis un ejemplo de humanificación del domingo. La propaganda contra la ginebra, el juego, el Carnaval, es activísima en los socialistas belgas, y en esto ¿qué disentimientos van á surgir entre ellos y los católicos? Frecuentemente, en esas semi-alucinaciones que basta una taza de café fuerte para producir, he creído ver el suelo belga rayado por dos surcos, uno rojo, otro azul, que parten de la frontera desde extremos opuestos, y, sinuosos, pareciendo que se desvían, llegan por fin á juntarse. La dirección de ambos surcos converge fatalmente. Son el catolicismo social y el socialismo. Van derechos á la entraña y en el calor de sus pliegues habrán de reunirse.

Si he de decir la verdad, nunca me causó ilusión aquel domingo inglés, pietista, en que se cerraban los Museos y los pianos. Pertenezco á mi raza; partidaria del reposo dominical, no lo soy de la mortificación y aburrimento, contrarios á la plácida idea del reposo. Reposar es hacer bien á los demás ó á sí mismo, porque la "autocaridad" la recomienda la Escritura, y los goces de la inteligencia, del arte, del juego físico, la sociabilidad, caen en domingo como anillo al dedo. Nuestro domingo latino, ¿á santo de qué va á ser mal engestado y tedioso? No; sea regocijado, dulce, verdadero paréntesis á los cuidados y las labores de la semana. Brutal y crapuloso, nunca; porque entonces, lejos de restaurar las fuerzas para el trabajo del lunes, las agota.

Respeten los patronos la santidad del domingo, y aun hagan concesiones la tarde del sábado; pero sean inexorables con "San Lunes", y en general con todas las fiestas postizas. Fiestas postizas llamo á las que inventan los holgazanes. En mi aldea son numerosísimas. Unas veces toma por cómplice la haraganería á verdaderos santos de la corte celestial, que la Iglesia conmemora sin precepto; otras inventa santos indocumentados, como "San Pedro de Ois", y allá va la romería. El pueblo madrileño prolonga seis ú ocho días la juerga de San Isidro... y ya sabemos que no es precisamente "humanificarse" lo que se hace en la pradera. La justa campaña del reposo dominical no tiene peores enemigos que los falsificadores de fiestas, más papistas que el Papa, que suelen obstinarse en seguir "guardando" á su manera fiestas ha mucho suprimidas por la Santa Sede.

Esta misma benignidad de la Iglesia, que redujo el número de días festivos en atención á los nuevos tiempos, al desarrollo de la industria, al aumento del trabajo, á sus exigencias (se tienen tan en cuenta, que yo he visto en Cataluña fábricas como la de tejidos de Güell, de patrono muy católico, autorizada competentemente para no apagar sus calderas nunca); esta benignidad, digo, refuerza, para los católicos, la obligación de respetar estrictamente el descanso dominical. "N'achetez pas le dimanche!" Cuando nadie compre en domingo; cuando las amas de casa piensen en surtirse el sábado por la tarde, los dependientes podrán

disfrutar de un descanso á que moralmente tienen pleno derecho, cualquiera que sea la estipulación y el contrato con sus patronos. Señoras, un poco de previsión y de orden. ¡No compremos los domingos!

Y ahora reparo que estoy emborronando los presentes renglones la tarde de un domingo, en lugar de salir por ahí á "humanificarme," en un Museo... Verdad que ésta no es obra servil.

XIII

GANTE.—EL CORDERO MÍSTICO

A Joaquín Sorolla.

A un lado preocupaciones económicas y sociales. Hay horas y días en que eso reviste amarillez de estepa, por la cual avanza, arrastrándose, un hormiguero de millones de hormigas. Otras regiones me llaman; necesito descansar en el ensueño; mi romántico individualismo me asalta, sugiriéndome el convencimiento repentino, terrible, de la diferencia del valor de hombre á hombre, de la impotencia de las multitudes para escalar ciertas misteriosas cimas accesibles al individuo. El arte, lo supremo, lo excelso, lo digno del hombre... el arte es creación del individuo, del "único". Y acaso (hondo problema) no sólo es el "único" quien lo realiza, sino quien lo paladea y gusta. Para la muchedumbre no existe. En una iglesia de Gante acabo de tocar con las manos esta verdad.

De propósito había estado retrasando la visita á lo que en Gante más me preocupaba. Al llegar á verlo no sólo dejaba atrás el "Vooruit",